



ENTRE CAMINOS

Andoni Urruela

ENTRE CAMINOS



Primera edición: diciembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Andoni Urruela

ISBN: 979-13-87909-70-3

ISBN digital: 979-13-87909-71-0

Depósito legal: M-27047-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia, con cariño.

ÍNDICE

Capítulo 1: De la cuadra a la cocina	11
Capítulo 2: De Arangorri a Landagoi	45
Capítulo 3: La vida en el campamento.....	67
Capítulo 4: De Landagoi a Arangorri	117
Capítulo 5: El asedio.....	135
Capítulo 6: Landagoi.....	155
Capítulo 7: El castillo.....	175
Capítulo 8: El carbón.....	219
Capítulo 9: Descubrimientos.....	253
Capítulo 10: Alaia.....	275
Capítulo 11: Nuevos aires	291
Capítulo 12: La vida marcha bien	313
Capítulo 13: Un encuentro casual.....	321
Capítulo 14: La decepción	355
Capítulo 15: Atrás quedaron los sueños	379
Capítulo 16: Ocho años más tarde en Landagoi	417
Capítulo 17: Hacia el noroeste	431
Capítulo 18: Reencuentro	461
Capítulo 19: Deseos	497

Capítulo 1: De la cuadra a la cocina

Era muy duro vivir en una tierra donde las cosechas no eran abundantes y donde periódicamente se daban hambrunas, debido a las inclemencias meteorológicas o al robo de los bandidos. La situación empeoraba si no eras el primogénito varón, ya que estos tenían la ley de su parte para quedarse con las propiedades de sus padres. Todos los hermanos y hermanas podían seguir viviendo en la casa, pero con la condición de ser criados.

Iker, Josu y Gaizka eran tres mozos de nueve años, fuertes y vivarachos, pero que tenían las normas en su contra. Habían ido al monte a recoger castañas, que eran un complemento en su alimentación. Ese año habían tenido un verano seco y la cosecha de avena fue escasa. El granero se estaba agotando rápidamente y era necesario reponer las reservas. Habían intentado cazar, pero no habían tenido suerte, esa parte del bosque estaba esquilada y regresaban a casa sin carne, aunque con el saco lleno de castañas.

Desde pequeños les enseñaban a pelear y defenderse. La caza era un método de adiestramiento, usaban piedras y palos muy afilados. Con todo, la caza más habitual eran los conejos, ágiles y veloces. Cuando tuvieran más edad podrían convertirse en unos mercenarios terribles. Era su sueño para salir del pueblo.

Habían estado jugando a la guerra con castañas, y como siempre, Gaizka había sido el vencedor. Era el tipo de muchacho que empezaba todas las disputas, no acababa mal y era otro el per-

judicado. Esta vez le había tocado a Josu llevar la peor parte, al recibir un castañazo en la cabeza. Iba enfadado por delante, los otros guardaban sus espaldas gastándole bromas. Cuando llegaron al pueblo repartieron la colecta en partes iguales. Haberse enfadado no era una razón suficiente para no compartir todo, por algo eran amigos como uña y carne.

—Nos vemos en el cruce de caminos —Gaizka repitió la despedida de siempre.

—Entre caminos —sonrió Iker, Josu no contestó, seguía resentido.

Desde que los tres tenían memoria, el lugar de quedada era el cruce donde convergían los caminos que se dirigían a sus casas. «Nos vemos en el cruce de caminos» era muy largo y dio paso a «Entre caminos» que era más corto. La despedida no significaba solamente que se verían allí al día siguiente, significaba que la diferencia entre ellos se quedaba en el cruce y al día siguiente no había rencor, olvidarían lo pasado.

Cuando Iker llegó a casa, su padre le estaba esperando fuera. Pocas veces solían hablar y, cuando lo hacían, era para recibir alguna reprimenda, aunque esta vez no había hecho nada malo desde hacía varios días. Le cogió por el hombro y le llevó a la cerca.

—Hijo, ya sabes que este año la cosecha ha sido mala y el granero está muy vacío. Esta tierra no puede mantener a tantos miembros de la familia y tú ya eres un hombre. He hablado con tu madre y creemos que ya es hora de que empieces a ganarte la vida fuera. Kepa vino a casa y nos dijo que están buscando muchachos para adiestrarlos en la guerra. Aritza es un antiguo amigo que dejó el pueblo y lleva muchos años como mercenario ganándose la vida. Kepa dice que le va muy bien. Es un hombre respetado y rico. Tú al principio no tendrás que luchar, él se encargará de prepararlos, y con el tiempo, quien sabe, tal vez puedas ser como él y regresar rico al pueblo.

La única contestación fue sí padre. Él sabía que no era el primogénito y que tenía pocas alternativas de vivir en el pueblo. Los

mozos con el tiempo emigraban y buscaban nuevas tierras de cultivo, o intentaban hacer fortuna más rápidamente guerreando, aunque no sabían contra quien. Era el único camino para ganarse la vida. Todas las personas que había conocido y habían tomado este camino, no habían regresado. Por lo menos él no entraría apresuradamente en combate, además, estaría bajo la protección de un amigo de su padre.

Cuando entró en casa su madre estaba llorando y, al verle, bajó la mirada. Iker se acercó a ella y la besó. Hacía mucho tiempo que no lo hacía, pero necesitaba recibir el cariño de su madre.

—Madre, ya me ha dicho padre que tengo que dejar el hogar. No te preocupes por mí, volveré y compraré nuevas tierras para que tengáis una vida mejor

Su madre le abrazó, y rodeándole la cara con sus manos, le besó en la frente.

—Hijo mío, ¿qué futuro te hemos dado? —su madre estaba llorando.

—Bueno, todavía puedo disfrutar unos días con vosotros.

—¿No te lo ha dicho tu padre? Marcháis mañana con Kepa.

—¿Tan pronto? —Iker estaba sorprendido.

—Sí, Kepa sale mañana a comerciar y no volverá hasta dentro de dos meses. Nos dijo que no nos puede asegurar si en el próximo viaje podrá colocaros. He hablado con las madres de Josu y Gaizka y también han aceptado el trato. Iréis juntos y podréis protegeros los unos a los otros.

No tuvo ganas de salir durante el resto del día de casa, quería disfrutar de aquellas paredes y de la compañía de su familia. Habló con ellos y le desearon la mejor suerte. Cuando se acostó, no pegó ojo durante toda la noche y cuando estaba a punto de coger el sueño, cantó el gallo. Se levantó toda la familia y comenzaron a desayunar. Cuando todavía no había finalizado, llamaron a la puerta de la casa. Era Kepa con el carro de bueyes. Allí estaban sus dos amigos. Su madre le dio un pequeño hatillo de ropa y le besó en la frente con los ojos llenos de lágrimas. Sus dos hermanas le

abrazaron y se echaron a llorar. Su padre y su hermano mayor estaban bajando cuatro sacos de avena. Cuando acabaron de descargar, Kepa le ordenó que subiera al carro. ¡Aquel había sido el precio que habían pagado por él! Este intercambio era necesario para que el resto de la familia siguiera viviendo al menos una estación más. Con los ojos llorosos se despidió de su familia y se sentó con la espalda apoyada en las tablas del carro. Miró a sus dos amigos y no supo qué decir. Se pasó el resto del día llorando.

El viaje transcurrió por unos caminos sinuosos. A medida que transcurrían los días, el paisaje se hacía más abierto. Ninguno tenía ganas de hablar, pero Kepa estaba muy comunicativo. Durante todo el viaje les habló de las grandes ciudades del sur, pobladas por los infieles, pero donde vivían las mujeres más bellas que jamás hubieran visto. La palabra infiel era nueva, pero supusieron que no debía ser nada bueno. Les contó que los musulmanes eran buenos guerreros, pero la tropa a la que se iban a unir era temida por su valentía. Poco a poco se fueron animando con sus cuentos y la cabeza se les llenó de pájaros, pensaron que ellos se convertirían, en poco tiempo, en unos caballeros con unas armaduras brillantes y que, con tan solo su presencia, los infieles huirían.

Después de una semana llegaron a un campamento a las afuera de una ciudad fortificada, Puebla de Santiago. Los tres se quedaron boquiabiertos por el tamaño de la muralla, nunca habían estado en una ciudad. Detrás de la muralla vieron unas torres altas y delgadas que parecían que tocaban el cielo. Kepa les contó que aquello era una abadía. Allí se juntaban los cristianos para rezar a sus dioses. Les recomendó que no se acercaran, ya que si se daban cuenta que no creían en su dios, podrían ser castigados. Esa fue la primera lección que recibieron, cuidado con los curas.

El campamento desprendía un fuerte hedor a basura. Allí cohabitaban hombres y animales, de vez en cuando se podían con-

fundir por su aspecto. Se adentraron por los caminos embarrados y cuando ya estaban a punto de abandonar el lugar, Kepa torció a la derecha y se dirigió a un lugar lleno de animales. Próximo al establo estaba la cocina. Había un gran bullicio en aquel lugar, estaba lleno de muchachos con un aspecto sucio y la ropa hecha jirones. Estaba apilada la carne, verduras y frutas encima de unas grandes mesas corridas. Aquello era un festín, nunca habían visto tantos alimentos juntos.

Cuando el carro paró, se les acercó un hombre gordo con un delantal de cuero lleno de grasa y salpicado con sangre. Se frotó la nariz con el anverso de la mano y miró a los muchachos de arriba abajo. Los tres muchachos no entendían la conversación, el idioma era desconocido. Solo comprendían algunas maldiciones que lanzaba Kepa. Este no tenía cara de buenos amigos, parecía que no le estaban saliendo bien las cosas.

Juan, el cocinero, después de mirarlos de arriba a abajo comenzó a hablar:

—Están muy delgados, y yo necesito que estén fuertes para desempeñar el trabajo. Estos muchachos son una mierda, creo que no me quedaré con ellos.

—Juan, siempre estás con las mismas patrañas. Estos muchachos están más sanos que cualquiera de los que están en tu cocina, y lo sabes. No me toques los cojones y págame lo estipulado —la reacción de Kepa fue serena.

—Eso ya lo veremos, primero quiero verlos bien. Diles que se desnuden de cintura para arriba —Juan se relamía mientras los tres chicos obedecían a Kepa—. Tienes razón, aunque son muy jóvenes tienen un torso fuerte.

Dando una vuelta alrededor de ellos, se acercó a Gaizka y le estrujó el culo con la mano. Como prueba de satisfacción, se mojó los labios con la lengua y escupió al suelo.

—Sí, están fuertes, creo que me pueden valer. Pero ahora hay muchos rufianes que están deseando comer todos los días, son malos tiempos y puedo encontrar chicos sin problema.

—Me pediste tres chicos y estos cumplen todos los requisitos que me exigiste, cumple tu palabra y págame.

—Llévatelos y devuélvelos al pueblo. Mañana tendré seis por el precio que te ofrecí.

En aquel momento, Gaizka con cara de asustado se dirigió en euskera a Kepa.

—Tú nos prometiste que lucharíamos contra los infieles y que seríamos caballeros. Esto es una cocina y realizan un trabajo de mujeres.

Kepa, asqueado con aquella situación, no pudo soportar que el muchacho le incordiara y con cara de pocos amigos le propinó un bofetón que le lanzó al suelo.

—Calla. Te quedarás donde yo diga, deja de lloriquear como una niña. ¿Qué crees que puedes hacer? Eres un campesino y este trabajo es lo más digno que te puedo conseguir.

Juan observó el suceso con expectación, sin entender la conversación. Aprovechó el tortazo para continuar con su estrategia.

—Creo que no podré pagarte ni la mitad de lo que hablamos. Veo que son unos mocosos descarados y rebeldes, es lo peor que me puede pasar. Lo dicho, toma seis monedas de plata por cada uno, estoy muy ocupado.

—Pero hablamos de catorce —Kepa esperaba un regateo, aunque no tan desmedido.

—Llévalos de nuevo a casa —Juan sabía que nadie más estaba dispuesto a hacerse cargo de tres chicos.

—Con esto no recuperaré el dinero gastado.

—No me engañas, estoy seguro de que vas a obtener algún beneficio. Además, si vuelves con ellos, sus padres no te verían la próxima vez como un personaje admirable y digno de confianza. Son tiempos difíciles.

—Con doce monedas zanjamos el asunto.

—En esta bolsa hay veintisiete monedas, sino estás de acuerdo llévatelos.

De mala gana cogió la bolsa, era mejor ganar quince monedas en esta operación que nada, pero se prometió que vengaría esta

burla. Saltó al carro y sin despedirse arreó a los bueyes alejándose del lugar. Ninguno de los tres daba crédito a lo que estaba sucediendo. Les habían dejado en aquel lugar inmundo, todas sus promesas incumplidas, iban a ser ayudantes de cocina. Juan empezó a vociferar sin que ellos pudieran comprender nada. Llamó a un muchacho que estaba más limpio que los demás.

—Diles dónde pueden dejar sus cosas y llévalos después al establo, que saquen la basura. Hay que bajarles los humos. Venga rápido que no tenemos todo el día.

—Sí, señor.

El muchacho los llevó a unos barracones de madera donde pudieron dejar sus escasas pertenencias en una esquina. Posteriormente, fueron a las cuadras y les indicó el trabajo que debían hacer. No hubo una conversación, sino unas palabras entrecortadas y muchos gestos, a su parecer muy exagerados.

El trabajo consistía en sacar la basura y luego cambiar la cama de los caballos y burros. Les dejó en la mano tres horquijas de madera, y con cara de asco, se alejó del lugar. Era el típico mozarbete altivo y parco en palabras. Estuvieron trabajando toda la tarde, unos sacaron el estiércol y el otro repuso la paja, intercambiándose los puesto para aligerar el esfuerzo. Cuando llegó la noche estaban molidos. Regresó el muchacho, cuyo nombre era Manuel y les ordenó que le siguieran. Se encaminaron hacia la cocina con el deseo de cenar, pero cuando iban a sentarse, Manuel les gritó con las escasas palabras que conocía:

—Primero, dar cena y al final, vosotros comer —Manuel era energético en sus órdenes.

—Estoy agotado y hambriento —se lamentó Gaizka—, no puedo más.

—Silencio o hablo jefe —contestó Manuel con voz aguda y chillona

—Déjalo, Gaizka, y no te metas en líos, parece que tiene muy malas pulgas —le aconsejó Josu—. Hagamos lo que nos dice.

Comenzaron arrastrando los grandes pucheros y los pusieron encima de un largo mostrador. Ellos no se encargaban del reparto,

sino del trasiego de pucheros para que no faltara nada a los soldados. Una vez acabó el reparto de comida, tuvieron que limpiar los pucheros. Finalizaron esta labor y por fin se pudieron sentar. Pero no había plato para ellos. El resto sacó unos tazones y pusieron el potaje en sus recipientes. A Iker se le ocurrió coger tres hojas de berza que había en la cocina y echaron allí los alimentos. Les supo a gloria y encima pudieron repetir con las sobras que había dejado la tropa, no desaprovecharon ni las hojas de berza que fueron también al estómago. Era lo único positivo del día, en sus casas no eran tan abundantes las cenas.

Cuando llegaron al barracón estaban molidos, se acurrucaron los tres juntos para darse calor y se arroparon con unas mantas viejas que encontraron. A mitad de la noche se despertaron por las picaduras. Aquellas mantas parecían un nido de pulgas. Anotaron para el día siguiente dos tareas, conseguir tazones, no sabían cómo, y limpiar aquellas mantas.

La jornada siguiente fue igual, prepararon el desayuno para la tropa y cuando acabaron se pusieron a desayunar ellos. Esta vez comer fue más complicado, ya que consistía en un caldo de verduras. Aparte de no desayunar apenas, ya que la berza no era un buen envase, tuvieron que aguantar las bromas de los otros ayudantes de cocina. Era terrible la miseria, todos carecían de lo más mínimo, sin embargo, se atrevían a gastar bromas a los nuevos aldeanos que acababan de llegar. Por otro lado, los muy burros no sabían hablar.

Cuando acabaron fueron a la cuadra. Iker se encargó de lavar las mantas con el jabón que utilizaban para limpiar los caballos. Luego colgó las mantas en la parte alta del pajar, para que se secaran para la noche. Bajó y se unió a sus compañeros para seguir limpiando la cuadra. Manuel se acercó al lugar y supervisó su trabajo. Por suerte, Iker ya había finalizado con las mantas y no se dio cuenta de que estaban colgadas. Hizo un gesto de satisfacción, pero seguidamente les gritó para que limpiaran los burros.

—Vosotros aldeanos conocéis animales. Cuidado patadas —señaló el lateral de la caballeriza, donde estaban los peines y las tijeras—

ras, hizo muecas para que cortaran el pelo y limpiaran a los burros y las mulas—. No caballos.

Los tres asintieron, y comenzaron a peinar a los burros. Aque-lllos animales tenían muy malas pulgas. Debían ponerse a un lado para que no les alcanzaran las patadas. Este trabajo era más grati-ficante que sacar la basura, les permitía hablar entre ellos y gastar bromas. Gaizka se escaqueó del trabajo y desapareció dos horas. Durante aquel tiempo siguieron trabajando los otros dos, al me-diodía apareció con unos trozos de pan y tres tazones.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Iker.

—El pan lo he obtenido en la cocina. Me acerqué por allí y Manual me ofreció unos trozos. Parece que sin Juan no es tan ruin. Los tazones los encontré en el mercado, bueno la verdad, es mejor que no aparezca por allí en una temporada, para que se olviden de mí —Gaizka lo contó sonriendo.

—¿Has robado? Podías haberte metido en un buen lío si te llegan a coger —Josu le recriminó.

—No podíamos sufrir de nuevo la humillación de esa banda de gilipollas. Por fin hoy podremos comer como el resto —Gaizka sabía que en el fondo pensaban como él.

El día acabó mucho mejor. El trabajo había sido más liviano, habían cenado con dignidad y dormido sin picores. Lo que resul-taba más duro era no comprender nada y parecer un ignorante ante todo el mundo. Podían oír los sonidos, pero no conocían el significado de las palabras, lo que provocaba el regocijo de todos los que estaban a su alrededor. ¡Menos mal que estaban los tres juntos!

Los días fueron transcurriendo con una insoportable mono-tonía, se levantaban, servían el desayuno, comían, limpiaban las cuadras y los burros, de nuevo servían la cena y volvían a comer. De esta manera esperaban el nuevo día.

A medida que conocían mejor su trabajo, iban ampliando las escapadas a la ciudad, se quedaban siempre dos de ellos en la cuadra para cubrir la espalda al que se iba. A Iker le sorprendía todo. Las murallas de la abadía eran gruesas y altas, con cuatro puertas en cada punto cardinal. Las puertas de la muralla estaban protegidas por dos almenas a cada lado, y se cerraban con una puerta gruesa de madera reforzada con hierro. En las almenas había unas saeteras, con visión de las entradas, y desde donde se podía repeler un ataque. Un día intento entrar a una de las almenas, aunque un centinela le impidió el paso dándole una patada.

A un lado de la catedral estaba la plaza, donde se realizaban los mercados y en la que confluían las calles. En cada una de estas calles trabajaba un gremio: herreros, zapateros, carniceros... La actividad era frenética en la calle Herrería. Donde en el pasado se elaboraba aperos de labranza, ahora se fabricaba puntas de flechas, cuchillos y espadas. Entre herreros y caballeros había discusiones, estos últimos sopesaban el equilibrio de las armas y su manejabilidad, y ponían mala cara. Como en todos los sitios estaban regateando. En la calle Zapatería preparan las cinchas de los caballos y elementos de defensa contra espadas y flechas. El mercado era bullicioso, se compraban y vendían cereales con otros alimentos. Con el transcurso de los meses fueron entendiéndo el castellano y se enteraron de que se preparaban para una larga campaña.

Iker de vez en cuando se acordaba del caballero Aritza y rogaba para que algún día se encontraran con él. Solía deambular por la zona donde los caballeros se entrenaban, estaba atento a que alguien utilizara aquel nombre. Cansado de esperar se acercó a un señor que estaba poniendo las riendas al caballo y que con anterioridad le había oído hablar en euskera.

—Perdone, señor, ¿conoce al caballero Aritza? —Iker estaba nervioso.

—¿Quién pregunta por él? —el hombre le prestó atención al hablar en euskera.

—Verá, señor, el caballero Aritza es amigo de mi padre y quisiera saludarle —Iker miraba con timidez.

—En este campamento no hay ningún caballero con ese nombre.

—Pero no puede ser, Kepa el mercader de mi pueblo nos dijo que estaba aquí —Iker dijo la única información que tenía.

—¿De dónde eres tú? —el soldado sintió curiosidad.

—De Mendikoi.

—Bonito pueblo, yo nací al lado. Así que Kepa te trajo aquí. Su padre hizo lo mismo conmigo. Esa familia siempre ha mercadeado con la miseria de las familias de los valles —la curiosidad del hombre se transformó en pena.

—¿Conoce a Aritza? —Iker insistió.

—Como caballero no. Ninguno de nosotros tenemos suficiente dinero para comprarnos caballos y armas —el hombre se sinceró—. Además, para ser hidalgo hay que nacer rico y de familia aristocrática. Nuestra mejor salida es ser mercenario, somos los primeros en la batalla. ¿Qué hacéis vosotros?

—Somos mozos de cuadra y ayudamos en la cocina —Iker se avergonzó al decir el trabajo que realizaban.

—¿No estaréis con Juan el cocinero? —cambió el tono del soldado.

—Sí.

—Kepa nunca ha tenido escrúpulos, no se ha molestado en buscaros un buen sitio.

—¿Por qué dice eso, señor? —Iker estaba sorprendido con la reacción del hombre.

—Mantened la distancia con Juan, es mejor no quedarse a solas con él. Siempre le han gustado los muchachos tiernos y no perderá ocasión —el aviso del soldado fue claro.

—Mañana intentaré que venga Aritza, por supuesto no le trates de caballero, se moriría de risa. Ahora vuelve a tu trabajo y tened precaución. A propósito, mi nombre es Unai.

Iker regresó preocupado a la cuadra y contó a sus amigos lo que le había pasado. Ninguno entendía muy bien el aviso, pensaron

que podría tratarse de una broma. Deberían esperar al día siguiente para ver a su paisano.

—¿Qué creéis vosotros que ha querido decir? —preguntó Iker.

—¿De qué tenéis miedo? Gallinas. Este trabajo es menos duro que en el pueblo y ningún día nos falta comida. Que nos va a hacer ese gordo de Juan, si es incapaz de moverse con ese tripón —se mofó Gaizka.

Josu se burló de Iker, poniéndose paja debajo de la camisa y corriendo detrás de Gaizka. Este levantaba las manos y las movía nerviosamente. Al final Iker acabó riéndose y los tres acabaron luchando entre la paja.

Al día siguiente los tres esperaban nerviosos en las cuadras a que apareciesen sus paisanos. La mañana pasó despacio y nadie se presentó, Gaizka estaba aburrido de esperar y se marchó a la cocina a conseguir algo de comida. Manuel había estado especialmente amable con él, le había dado pan y tocino, últimamente estaba cariñoso. Esta situación le ponía nervioso a Gaizka, pero no podía ser desgradable, en caso contrario se quedarían sin el almuerzo del mediodía. A la tarde tuvieron que trabajar duro limpiando los burros, y cambiando la paja. La tropa iba a salir de expedición al día siguiente y a Manuel le gustaba que los animales salieran de su cuadra resplandecientes.

Avanzada la tarde, aparecieron sobre sus caballos dos hombres fornidos, vestidos con unas ropas de lana, reforzadas con cuero. Se pararon junto al establo. Iker reconoció a Unai y se dirigió hacia él. A su lado estaba un hombre con una cara horrible, desfigurada por algún golpe. Aunque le atemorizó su presencia, saludó alegremente.

—Buenas tardes, señores. Usted supongo que es Aritza —Iker estaba contento.

—¿Tú eres de Mendikoi? ¿Quién es tu padre? —el tono de Aritza era cortante.

—Ander es mi padre.

—Éramos muy buenos amigos. Ponme al día del pueblo —una sonrisa dura cruzó la cara de Aritz.

Se acercaron Josu y Gaizka, entre los tres le hablaron de la situación del pueblo. Quienes se habían quedado, que matrimonios se habían celebrado, las personas que habían muerto. Aritz les bombardeó con preguntas y los tres le respondieron muy gustosos. Estuvieron durante mucho tiempo hablando de su familia. Su hermano mayor se había casado con una chica que le gustaba a Aritz y habían tenido seis hijos. La vida no les marchaba mejor que a los demás. Ahora en los tiempos de hambruna compartían los mismos problemas.

Manuel los fue a buscar para que ayudaran en la cocina, pero cuando los vio hablando con dos extraños, se atemorizó y volvió a la cocina a contárselo a Juan. Éste con malos modos fue a la cuadra. Cuando vio que los tres chicos estaban hablando con los combatientes les gritó para que fueran rápidamente a la cocina. Aritz se despidió de ellos y prometió volver al día siguiente. Manuel miró a los dos hombres y con cara de desprecio ignoró su presencia. Controló el trabajo de los muchachos en la cuadra, no pudo encontrar ninguna falta. Cuando salió del cobertizo todavía estaban allí aquellos dos extraños. Les había visto alguna vez por el campamento. Sabía que hacían labores de rastreador, eran temidos por su ferocidad en la lucha. Se comentaba que eran muy buenos degollando a los infieles. De nuevo pasó a su lado, oyó cómo alguien escupía a su espalda. Cuando llegó a la cocina llamó a los tres muchachos, les reprendió por estar hablando con desconocidos. Inició el interrogatorio, lo único que pudo sacar en limpio fue que eran del mismo pueblo. Nadie dijo como se habían conocido, ni si se volverían a ver de nuevo. Como premio por su comportamiento, esta vez les toco acarrear todas las perolas y limpiarlas. Cuando acabaron, Juan les dio una cantidad escasa de alimento y los mandó a la cama. Les recordó que él mandaba allí y que nadie se entrometería en su cocina. Los tres se marcharon cabizbajos y

con el estómago vacío. Antes de llegar al cobertizo, Gaizka desvió su camino, dijo que le siguieran. Regresaron de nuevo a la parte trasera de la cocina, tras comprobar que nadie estaba por allí, Gaizka levantó un toldo, debajo había tres buenos trozos de carne. Fue todo un festín.

Al día siguiente antes del desayuno realizaron los peores trabajos, de nuevo cuando iban a comer su ración fue escasa. Esta vez fueron Josu y Gaizka los que se encargaron de conseguir más comida. En el establo tuvieron que restregar las paredes. Este trabajo no lo habían hecho nunca, pero Manuel les indicó que lo realizaran bien, sino deberían repetirlo de nuevo. Al mediodía Gaizka fue a la cocina a conseguir comida, aunque con pocas esperanzas. Sus sospechas se confirmaron, Manuel le despachó de muy malas formas gritando como un poseso. Por miedo a que se enterase Juan, salió corriendo del lugar y se tuvieron que conformar con las sobras del desayuno. Por fortuna habían sido dos los que habían sisado alimentos.

A la tarde aparecieron de nuevo Aritz y Unai, continuaron hablando sobre el pueblo. No les comentaron nada sobre la reacción de Juan, por miedo a que su intervención pudiera perjudicarles aún más. Cuando ya estaban a punto de acabar, apareció de nuevo Juan gritando a los muchachos.

—¿No tenéis nada que hacer? Id inmediatamente a la cocina a trabajar —Juan quería dejar claro que allí mandaba él.

Los tres muchachos se marcharon corriendo a la cocina, cuando se fueron, Juan increpó a los soldados:

—¿No tenéis otro lugar donde estar? —Juan a pesar de tener menos envergadura, se enfrentó a los soldados.

—Vete a tomar por el culo, déjanos en paz —Aritz no se caracterizaba por ser amable.

—Largaos de aquí no tengo porque soportar vuestras impertinencias —Juan sabía que no debía tentar a la suerte.

—Mira, gordo, como me entere que has tocado a cualquiera de estos tres chicos, te rajo como a un cerdo —la advertencia de Aritz parecía firme.

Juan con voz temblorosa agarró el delantal de cuero para comprobar que allí debajo tenía un cuchillo.

—Acaso, ¿es familiar tuyo? —el tonó de Juan cambió, dejó de ser tan arrogante.

—No, son de mi pueblo —Aritza sin embargo seguía sereno.

—Entonces, ¿qué interés tienes? Yo tengo a mis órdenes chavales de la zona donde nací y nunca les he dispensado un trato de favor —Juan no comprendía la situación.

—Son hijos de mis amigos —Aritza seguía en sus trece.

—Vosotros los de la montaña siempre habéis sido tribales, os metéis donde no os importa para defender a un paisano —Juan lo había visto en otras ocasiones.

—Sí. Además, no soportaría que uno seboso como tú abusara de ellos —Aquello era una advertencia.

—Tal vez tengas celos y te gustan los muchachos —Juan torció la cabeza burlándose.

Aritza, se encolerizó, el lado de la cara donde tenía la cicatriz se puso de un color morado. Sacó debajo de sus ropas un puñal curvo, lo lanzó a un lado de la cabeza de Juan, clavándose en un madero donde estaba apoyado para no caerse.

—Creo que he hablado claro. Puedes hacerles trabajar en lo que quieras, sin malos tratos, pero aléjate de ellos. De vez en cuando vendremos por aquí para ver que tal están los muchachos —los ojos de Aritza estaban encendidos.

Sin mediar más palabras, arrancó el puñal y montaron en sus caballos. Juan tardó en reaccionar. Aquella bestia había estado a punto de matarle por unos andrajosos muertos de hambre. Las piernas le temblaban cuando llegó a la cocina. Manuel se acercó dando saltitos, revoloteando alrededor de Juan. Cuando vio su cara pálida, supo que algo malo había sucedido.

—Siéntese, tiene muy mal color. ¿Puedo traerle algo? —Manuel intentaba ser amable con su jefe.

—No. Encárgate esta noche de organizar la cena, voy un mo-

mento a mi cama a descansar —Juan necesitaba calma y pensar qué había sucedido.

Era la primera vez que abandonaba su lugar de trabajo desde que le habían hecho jefe de cocina. Esa noche Manuel les volvió locos a todos dando órdenes absurdas, de vez en cuando contradictorias. Cuando estaba a punto de ser la situación caótica, Juan apareció de nuevo y puso orden. Le echó un chorreo a Manuel y, una vez había enderezado aquel desatino, se encargó de dirigir el resto de la cena. Cada vez que se cruzaba con alguno de los tres muchachos, les insultaba y miraba con ojos de odio. Se dieron cuenta que algo había sucedido con sus dos amigos y que no les traería nada bueno. Cuando terminaron de servir la cena, ellos tres recogieron los cacharros y comenzaron a limpiarlos sin que nadie les dijera nada. Cuando finalizaron sus labores, Manuel les dio su ración, más escasa que los días anteriores.

—Algo malo han hecho al jefe. Está muy enfadado —hasta Manuel había sufrido el malhumor de Juan.

Manuel giró la cabeza por encima del hombro y se fue con muy malos humos. Una vez se quedaron solos, sacaron de sus escondrijos la comida sustraída. Esta vez habían sido los tres. Ahora comían más que antes, presentían que se avecinaban muy malos tiempos, si eran pillados robando, podían ser castigados severamente, debían ser cuidadosos.

Al día siguiente se llevaron una desagradable sorpresa tras acabar el desayuno. No les enviaron al establo, sino a realizar agujeros para las letrinas. Estos hoyos debían ser profundos, lo peor de todo era que estaban muy próximos a los otros agujeros que iban a sustituir. El olor que había era nauseabundo. A pesar de que estaban acostumbrados al trabajo duro, la tierra era más dura que la basura y en el primer día las manos se les llagaron, terminaron exhaustos al final de la jornada. Sabían que tenían que comer fuerte, sino al día siguiente no podrían soportar el esfuerzo. Lo peor de todo era que Juan les controlaba su trabajo, no podían escaparse de allí para descansar. Se aplicaron grasa en las heridas y cayeron dormidos profundamente.

Juan no se acercó de nuevo, en su lugar envió a Manuel. Como no era el mejor lugar del mundo para respirar aire puro, estuvo un rato breve y se fue. Continuaron trabajando durante diez días en aquellos hoyos, pero el ritmo de trabajo disminuyó por falta de control. Lo que más les indignaba, era conocer que era innecesario realizar unas nuevas letrinas, ya que las actuales no estaban llenas. Era su castigo por algo que había sucedido sin haber participado. El olor a mierda impregnaba su ropa, nadie se les acercaba. Esto les permitía ser ignorados y no tener que acarrear las perolas. Aunque la limpieza seguía siendo su labor, trabajaban con más impunidad. Para evitar problemas con el robo de comida, la escondían en una zona donde solo accedía Manuel. Este tenía el privilegio de poseer una pequeña tienda de lona en la parte trasera, colocada encima de unos tablones, que la aislaba de la humedad del suelo. Debajo de esos tablones escondían la comida. Más de una vez habían tenido la tentación de entrar en esta tienda, pero Manuel la cerraba.

Un día mientras trabajaban en los agujeros vieron de lejos a Aritz y Unai, les saludaron con la mano y se marcharon al galope. Ellos les habían metido en aquel lío, ahora no tenían voluntad de sacarles de allí. Iker se maldecía por haber contactado con ellos, sus dos amigos le recordaban constantemente su metedura de pata. Cuando había que realizar un trabajo especialmente duro, a él le correspondía, sus dos amigos no tenían ninguna duda al respecto. El día que tuvieron que trasladar la caseta de las letrinas, pensaban que se desmayarían con el olor. Nadie les ayudó y tuvieron que transportar ellos solos aquellas pesadas cajetas. Aquel día se dieron cuenta que Juan estaba muy atento a sus movimientos. Durante la cena no les quitaba ni un momento el ojo de encima. Estaba muy extrañado que no hubieran acudido a él rogándole que les dieran más comida. Tenían buen aspecto, aunque desprendían aquel hedor insoportable, pero se encontraban fuertes. Los tres amigos no pudieron coger ningún alimento, la ración aquel día fue aún más escasa si cabe.

Ese día esperó hasta que acabaran su trabajo y se fueran a dormir. No los había visto comer durante la noche. Estaba muy ex-

trañado, pero esos habitantes de la montaña parecían hechos de roca. Gaizka tenía muy buen aspecto, a pesar del maltrato seguía sonriendo. Bueno sus dos amigos también lo hacían, pero por ese chico sentía predilección.

Cuando vieron que Juan se había ido, regresaron a la cocina. Dos se pusieron en las esquinas controlando cualquier movimiento, el otro fue a su escondrijo para recoger alimentos. La comida que les habían dado no hubiera alimentado a un niño pequeño, ellos estaban creciendo rápidamente. Gaizka cogió una buena cantidad de alimento y cerró el agujero de nuevo para que no fuera descubierto. Tenían carne seca, huevos cocidos, pan y frutas. Había calculado que tendrían víveres para otros cinco días, aunque no repusieran nada.

A día siguiente les tocó llenar de tierra las letrinas utilizadas. Aquello era lo más desagradable. Para eliminar rápidamente el olor, echaron una buena capa de cal viva y tierra. No eran conscientes del olor que desprendían aquel día. Cuando se acercaron a la cocina, Juan les ordenó que no aparecieran por allí hasta que los soldados no acabaran de cenar. Esto les permitió acercarse al río y darse un buen baño. Antes habían pasado por el establo y cogieron el jabón de los burros. El agua estaba helada y el baño les revivió. Una vez la cena finalizó fueron a la cocina. Allí les estaba esperando en jarras el gordo, se quedó muy gratamente sorprendido por la limpieza que exhibían.

—Espero que dejéis tan limpias las cazuelas, como habéis quedado vosotros —aquella limpieza satisfizo mucho a Juan.

Desde su puesto les observó fijamente. Hoy estaba seguro de que no habían cenado y solo había un pequeño puchero con su cena. Eran tres fierecillas indómitas y altivas que no estaban dispuestos a doblegarse. Los retos difíciles siempre le habían gustado, ya había conseguido vencer otros desafíos. Había comprobado que el palo no había funcionado con ellos, ahora era el tiempo de la zanahoria. Con esta ocurrencia se echó a reír. Los tres le miraron con rabia, vieron sorprendidos como se marchaba sin comprobar

que habían acabado su trabajo. Una vez finalizaron su labor, vigilaron atentamente, sacaron la comida y cenaron en un rincón oscuro desde donde podían observar la estancia. Cuando ya habían acabado, vieron que una sombra se acercaba al lugar. Se escondieron tras unas mesas y observaron atentamente. Era Manuel que se dirigía a su tienda. Paseó por todo el recinto parándose de vez en cuando para observar mejor, ellos tuvieron suerte de no ser vistos. Una vez había revisado el lugar, con la creencia que no había nadie allí, entró en la tienda. Encendió una vela y comenzó a cambiarse de ropa. Los tres se acercaron sigilosamente. La falta de luz del exterior les daba seguridad de no ser vistos desde el interior de la tienda. Se quedaron de piedra cuando vieron que se estaba vistiendo de mujer y se pintaba la cara. Se alejaron silenciosamente sin hablar

Los próximos tres días se encargaron de llenar los hoyos y de limpiar los cacharros sucios, pero el ambiente era más distendido. No había ningún tipo de control, el jefe parecía más contento. Parecía que su purgatorio particular había acabado. Al día siguiente fueron destinados de nuevo a las cuadras. Aqueello les parecía su casa, incluso la basura de los animales olía mejor. Limpieron el lugar y al mediodía se echaron una buena siesta entre la paja. Cuando llegaron a la cocina se sorprendieron de que su trabajo volviera a la rutina de acarrear pucherones, por fin se habían librado de la limpieza tras la cena. Esta vez les tocaba a dos infelices que habían sido pillados en el mercado en la hora del trabajo. Esta calma les estaba poniendo más nerviosos que la situación anterior. No sabían si aquello era una trampa para que se relajaran en su comportamiento. En lugar de bajar la guardia, fueron aún más cuidadosos para no caer de nuevo en el castigo.

El segundo día en las cuadras aparecieron de nuevo Unai y Aritz.

—¿Qué tal, chavales? Ya os hemos visto trabajando últimamente duro —dijo con tono burlón Unai.

Gaizka le contestó airado:

—Cuando empezamos a hablar con vosotros comenzaron nuestras desgracias. Ahora que volvemos a vivir bien de nuevo, aparecéis otra vez —Gaizka no podía disimular su malestar.

—Creo que no somos bien recibidos —Aritza dijo entre serio y jocoso.

—No le hagas caso —salió rápidamente Iker—. Lo hemos pasado muy mal trabajando en las letrinas.

—Siento lo que os ha pasado, para que nos disculpéis os hemos traído un regalo —Aritza se llevó la mano a un zurrón.

Abrió un paño y resplandecieron tres cuchillos nuevos con una funda de cuero. Los tres se quedaron boquiabiertos por aquel regalo. Su reacción fue instintiva, cogieron las armas por el mango, sacándolos de la protección de cuero, elevaron la mano al cielo para ver los brillos de la afilada hoja. Aquel presente compensaba cualquier agravio sufrido. Locos de alegría les aburrieron con sus agradecimientos.

—Ya basta. Estas armas son para vuestra protección. No estáis en una situación de seguridad con Juan —Unai les cortó, su tono seguía pidiendo precaución.

—No entiendo por qué tenéis tanto miedo al gordo —contesto Josu.

—El miedo es por vosotros —Aritza los miró fijamente, con un tono grave prosiguió—. Si os descuidáis, ese seboso os cogerá cualquier día desprevenidos y os dará por el culo.

—Te refieres que hará con nosotros lo mismo que hacen algunos soldados con los burros —Gaizka preguntaba sorprendido.

—¿Los habéis visto? —Unai había oído de aquellas prácticas.

—Sí, los mediodías solemos descansar en el pajar, alguna vez han venido dos soldados que agarran siempre al mismo burro y le meten la polla por el culo —Gaizka lo contaba con gracia.

—Veo que ya conocéis algunas aficiones. En estos tiempos los hombres están lejos de sus mujeres, algunos prefieren buscar el consuelo en los animales. A otros, sencillamente, les gusta más —Aritza siguió—. Ahora, guardad esas armas bajo vuestras ropas,

llevadlas siempre encima, incluso a la hora de dormir. Parece que últimamente os da mejor trato.

—Sí, incluso nos sonríe —confirmó Iker.

—Peor aún, tened más cuidado. Ahora vamos a estar una temporada fuera. Cuidaos y sed precavidos —era muy curiosa la insistencia de los soldados.

Siguió la conversación sobre la campaña que iban a realizar. Tenían que investigar sobre las fuerzas que tenían los musulmanes, sus posibles puntos flacos. A esta altura de la conversación, comenzaron a contar batallas, los chicos con ojos desorbitados no perdían detalle, palpando de vez en cuando el puñal bajo sus ropas. La despedida fue alegre y les desearon muy buena suerte. Unai miró atrás y se despidió diciendo.

—Hasta que la suerte una nuestros caminos.

Los tres chicos sonrieron y vieron a sus dos amigos alejarse.

—Entre caminos —gritaron los tres, seguía gustándoles más su despedida.

Aquel día se sentían como héroes que iban a la batalla. Todos se durmieron cogiendo la empuñadura del cuchillo. Los días fueron transcurriendo con monotonía. Amenizaban los días con las escapadas al pueblo, pero con mucho cuidado de no ser vistos. A Josu e Iker, les aburría realizar siempre el mismo plan, comenzaron a ir al bosque, por supuesto por separado, para intentar coger pequeños animales, poniendo lazos como les habían enseñado sus padres. El éxito fue escaso, solamente cazaron un conejo, debido a que no se podían alejar demasiado de la abadía y las piezas de caza eran escasas. A Gaizka sin embargo le picaba más la curiosidad del ambiente de las tabernas y sus mujeres. Solía escabullirse por allí para ver las bromas que se gastaban los soldados entre sí. Después contaba a sus amigos a cerca de los generosos escotes de algunas taberneras y las tetas que tenían.

Todas las noches completaban su alimentación con las reservas de su despensa. Después de cenar se encaminaban al barracón, a mitad del camino se desviaban para regresar a la cocina. Hacía tiempo que no habían visto a Manuel. A pesar de ello, dos preferían vigilar desde las esquinas y el otro ir en busca del alimento. Gaizka se adentró en la cocina, fue derecho a su escondite, levantó las tablas y sacó la carne. En aquel momento se quedó blanco al ver a Manuel que observaba lo que estaba haciendo. Había sido un estúpido al no comprobar que la tienda estaba cerrada. Manuel con voz histérica gritó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —se abalanzó sobre el agujero y comprobó que habían guardado—. ¡Robando comida!

Sus dos amigos corrieron hacia ellos y se quedaron quietos sin saber qué hacer.

—La habéis cagado, muchachos. Si señor Juan sabe —dijo mientras hacía un gesto como si les cortaran el cuello con un cuchillo.

—No vas a hacer nada —le respondió Gaizka, hablando en castellano, sopesando el mango del cuchillo.

—Sabéis hablar y yo me he estado esforzando todo este tiempo. Ahora mismo voy a buscarle —Manuel inició su marcha.

—Para. Si tú no le cuentas nada, nosotros no diremos a nadie que dentro de la tienda tienes ropa de mujer y te vistes y pintas como ellas —Iker le amenazó.

Manuel frenó en seco y los miró con cara asustada.

—Me habéis estado espiando —el tono de Manuel fue de pánico.

—No. Un día que estábamos cenando aquí te vimos entrar y nos escondimos detrás de las mesas. Vimos como encendías la vela en la tienda y observamos cómo te comportabas. No hemos hablado con nadie, no pensábamos contarlo —respondió Iker—. Tú sabes que esa noticia se extendería por todo el campamento rápidamente y que deberías soportar burlas muy crueles. Sin considerar, lo que los curas te podrían hacer. A nosotros no nos importa, te respetamos, pero a cambio de nuestro silencio, te rogamos el tuyo.

Los tres estaban muy nerviosos, si aquello se conociera ten-

drían un castigo ejemplar. Tampoco se les había pasado por su cabeza hacer ningún daño a Manuel. Iker continúo hablando.

—Solo pedimos tu comprensión. Conoces de sobra como Juan nos ha tratado últimamente. Ninguna persona hubiera soportado ese esfuerzo sin haber comido más alimentos —Iker intentaba ablandar a Manuel—. Tal vez no hemos sido amigos hasta la fecha, pero los secretos unen a las personas.

—¿Quieres decir que podríamos ser amigos? —aquella declaración era nueva para Manuel.

—Aquí tienes mi mano —Iker alargó su brazo. Josu y Gaizka, también le ofrecieron la suya.

—Sois los primeros amigos que he tenido desde que abandoné mi pueblo —Manuel empezó a llorar y puso su cabeza sobre el hombro de Iker.

Aunque Iker no sabía qué decir, le golpeó suavemente la espalda para reconfortarle. A partir de aquel día no tenían que robar. Manuel se encargaba de llenar su despensa particular, se acercaba al establo y solían estar hablando amistosamente. No tenían muchos puntos en común, pero era muy agradable compartir las experiencias vividas.

Manuel, como ellos, había nacido en una familia pobre y había tenido que ir de criado con solo siete años. La casa donde servía pertenecía a los padres de Juan. Como no tenía habitación propia, solía dormir en el desván de la casa. El único que le visitaba a las noches era Juan, pero no de una forma desinteresada. Le agradaba tocar al niño y éste se sentía feliz recibiendo muestras de cariño. Fue transcurriendo el tiempo y Manuel aceptó esta relación como algo normal. Sin embargo, durante el día era diferente, Juan disfrutaba gastándole bromas absurdas y pesadas.

Tenían una relación de amor y odio. Cuando Juan fue reclutado para llevar la gestión de la cocina del señor feudal, a todo el mundo

le pareció normal que se llevara un pinche de cocina. Quién mejor que Manuel, que había servido en la casa de sus padres durante tres años. Llevaba trabajando en el campamento cuatro años. Ser el ayudante del jefe solo le había causado problemas con el resto de los miembros de la cocina. El trato de favor que disfrutaba, junto con su forma de moverse y expresarse, le hacía ser diana de muchas bromas. Él se vengaba con castigos.

Siguieron cultivando la amistad entre ellos, esto provocó que el resto de los ayudantes de cocina les comenzaran a mirar con cara rara. Asimismo, sufrieron bromas sobre su comportamiento sexual. Gaizka que se mosqueaba pronto, siempre respondía exaltando su miembro, diciendo que si tuviera a sus hermanas en frente les demostraría lo contrario. Las púllas continuaban, pero ellos debían hacer oídos sordos. Aparte del interés por la comida, Manuel cada día les caía mejor, no merecía ser repudiado de una forma tan mezquina, solamente por su forma de ser.

Como siempre Gaizka era el más deslenguado, y una tarde le pregunto a Manuel:

—¿Mantienes relaciones con Juan? —hizo una pausa—. Ya sabes —le dijo, moviendo la cintura atrás y adelante.

—Déjale en paz —salió en su defensa Iker—. ¿Qué más te da lo que haga con él?

—No me importa contároslo —comenzó su relato dubitativo y cabizbajo—. Ya sabéis que vivo en su casa, cuando se encuentra animoso, me colma de caricias y me penetra por detrás.

Aquí comenzó el interrogatorio, las miradas furtivas y los ojos de asombro. No podían creer que fuera unas veces tan cariñoso con él y en otros momentos un ogro. También se enteraron de que las ropas eran regalos de Juan. Para finalizar la conversación Gaizka dejó como aviso.

—Bueno, somos amigos, pero a nosotros lo que haces... nada de nada, ¿me comprendes? —Gaizka puso énfasis en la última pregunta.

—Ya lo sé, pero cualquier día caes en la tentación y decides probar —bromeó Manuel le tocó la pierna y miró con ojos tiernos y picaros. Todos comenzaron a reírse, hasta Gaizka sonrió mirándole de reojo.

A pesar de que a Gaizka le incomodaban ciertas bromas de Manuel, le encontraba divertido. De vez en cuando se escapaba a la cocina a por comida y a intercambiar unas palabras con él. Juan miraba con agrado la amistad de su efebo con el montañés, en su fuero interno tenía la esperanza de que a ese muchacho le gustaran los hombres. De esta manera, aquel animal de Aritza, no podría decir nada.

La campaña de reconocimiento se estaba alargando, las noticias que se oían no eran favorables. Se comentaba que algunas de las avanzadillas habían caído en emboscadas y habían fallecido muchos hombres. Aquel podía ser un golpe duro para las futuras campañas de conquista.

Habían transcurrido seis semanas desde que habían ido a explorar los territorios. Uno de los grupos regresó diezmado. Las noticias eran pésimas, los musulmanes se habían armado y habían preparado grupos de defensa de gran movilidad. Sus grupos de información trabajaban con gran eficacia. Los cristianos nada más llegar a la ribera del río y comenzar a rastrear, se vieron sorprendidos por las tropas enemigas. Tuvieron que huir a las montañas, en su fuga perdieron a la mayoría de los hombres. Aquella nueva estrategia parecía que se había implantado a lo largo de la frontera. El resto de los grupos no habían regresado todavía. Los períodos de expedición solían ser más cortos.

Juan ya estaba cansado de esperar, la relación con Gaizka no mejoraba. Aquel rufián disfrutaba de comida abundante y del tra-

bajo relajado. Cada vez eran más frecuentes sus desapariciones de su puesto de trabajo. Aunque estaba haciendo la vista gorda, esta situación le estaba superando, no le compensaba de ninguna manera. Las malas noticias de los expedicionarios eran óptimas para él. Había desaparecido un posible enemigo y le dejaba el camino libre. Un día que encontró a Gaizka alrededor de la cocina, le habló enfadado para que le acompañara al silo para ordenar el grano. Manuel le escuchó sorprendido, cuando ambos dejaron el lugar, fue rápidamente a buscar a Iker y Josu a la cuadra.

—Rápido, tenéis que ayudar a Gaizka —Manuel temía por su amigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Josu.

—Juan se ha llevado a Gaizka al granero —Manuel hablaba rápidamente.

—Y, ¿qué tiene de particular? —Iker se sorprendió por el tono de Manuel.

—Es el lugar donde suele llevar a los muchachos para forzarlos —Manuel acababa de delatar a su jefe.

Salieron los dos rápidamente y se encaminaron al silo. Gaizka estaba cogiendo un saco y colocándolo encima de los otros, Juan le agarró por la cintura y le empujó contra otros sacos. Gaizka, atónito, se dio media vuelta y cuando se percató de la situación en la que estaba, buscó el cuchillo. Con la presión de la barriga le inmovilizó los brazos, Juan sintió la dureza del arma.

—¿Quieres rajarme? —Juan no esperaba aquella sorpresa.

En aquel momento sus dos amigos vieron la puerta entreabierta y se abalanzaron dentro sin meter ruido. Juan continuó hablando.

—Ya verás cómo te va a gustar lo que te voy a hacer —Juan estaba cegado.

Sacó el cuchillo y lo arrojó lejos del alcance de Gaizka, Juan rasgó la camisa del chico, en aquel momento sintió dos hojas frías en su cuerpo, una en el cuello y la otra en la barriga. La voz de Iker sonó segura:

—Déjale en paz —Iker apretó el cuchillo contra el cuello.

—Aquí tenemos al trío. Marchad, esto es solo entre nosotros dos —unas gotas de sudor corrieron por el cuello de Juan—. ¿Verdad, cariño?

—Te he dicho que le sueltes —repitió Iker de forma resolutiva.

La presión en el cuello y tripa se acentuaron. Juan intentó girarse, sintió un pinchazo en la barriga. Al realizar un movimiento brusco, el filo le cortó el cuello y unas gotas de sangre brotaron. Se separó suavemente y Gaizka, en aquel momento, le propinó un rodillazo en los cojones, recogió su cuchillo.

—Esto os va a costar muy caro —Juan gimió con la voz entre-cortada.

—No debías haberle dado el rodillazo —le recriminó Josu.

Los tres salieron corriendo de aquel lugar y se adentraron en el bosque. Estuvieron a punto de volver a por sus pertenencias, pero tenían miedo de que les apresará Juan. No sabían a dónde ir. Comenzaron a andar por un camino, se alejaron cada vez más del campamento. Una vez habían andado un trecho largo, se pararon debajo de una encina. Se miraron los unos a los otros.

—Gaizka, siempre andas metiéndote en líos, por tu culpa mira dónde nos encontramos —dijo Iker con rabia.

—Yo no he hecho nada. Me pilló en la cocina hablando con Manuel y me ordenó que fuera al silo a ayudarle —Gaizka no entendía la acusación de Iker.

—Dale las gracias a él, sino en este momento no sé qué sería de ti —esta vez fue Josu quien intervino.

—De todas formas, no has tenido cuidado, como nos recomendaron —le sermoneó Iker.

—¿Qué podía haber hecho? —Gaizka pedía comprensión.

—Mantenerte alejado de la cocina como hemos hecho los demás. Pero no, tú tenías que escaquearte precisamente allí, en la boca del lobo —Iker temía la represalia.

Las miradas de reprobación se clavaron en Gaizka. No tenía argumentos. Tendrían que ser más comprensivos con él tras haber sufrido aquel ataque. Pero no, como ellos eran muy precavidos y nunca se metían en líos, no les podía echar nada en cara. ¡Qué

culpa tenía, si a él, le tocaban todos los marrones! Cogió su cabeza con las dos manos y reclinó la frente. No tenían ni una palabra de consuelo. En aquel momento oyeron los cascos de unos caballos en la lejanía. Optaron por esconderse detrás de unos matorrales para observar quienes eran. En aquel momento sus corazones iban muy rápido, estuvieron a punto de estallar cuando vieron que eran sus amigos quienes avanzaban por el camino. Saltaron de su escondite y fueron corriendo en su búsqueda agitando los brazos y gritando sus nombres. El grupo se paró. Aritz y Unai, indicaron al resto que siguieran al campamento.

—No esperábamos este recibimiento. ¿Cómo os habéis enterado de nuestra llegada? —Unai estaba gratamente sorprendido.

—Ha sido una casualidad. Nos hemos escapado —Iker fue claro.

Ambos se miraron extrañados y les pidieron que contaran qué había pasado. En aquel momento Josu e Iker comenzaron a relatar lo sucedido. Los ojos de Aritz se iban encendiendo cada vez más.

—No os preocupéis. Hoy nos acompañaréis y dormiréis con nosotros —Aritz intentó tranquilizarles—. Hablaré con el jefe para que os permita integrarlos en nuestro grupo y mañana iremos en búsqueda de vuestras pertenencias.

—Pero no podemos volver al campamento —Gaizka gimoteaba—. No sé qué querrá hacer con nosotros.

—Os he dicho que vengáis con nosotros, si a nuestro jefe no le parece bien vuestro ingreso, tiempo habrá de que busquéis otro camino —Aritz dio una orden.

Los tres asintieron y siguieron a sus dos amigos que iban a caballo. Durante el regreso no hablaron apenas los tres muchachos, estaban muy preocupados. El paso era rápido, al acompañar a dos personas que montaban en caballo. Aritz y Unai estaban agotados con la campaña y muy sorprendidos por los acontecimientos. Los tres se sintieron aliviados cuando no pasaron cerca de la cocina. Se quedaron a un lado de una de las puertas de entrada a la ciudad. Descabalgaron y dijeron a los chicos que se encargaran de

los caballos, esto les serviría de entretenimiento. Aunque solo se refirieron a sus dos caballos, todos los animales estaban sudorosos y sucios. Algunos mostraban heridas. Los tres se pusieron a limpiar a las cabalgaduras con total naturalidad. Mientras Iker y Josu se encargaron de ir acomodando a los caballos, Gaizka fue baldeando la cuadra y poniendo paja limpia para que los equinos, una vez estuvieran limpios, no se ensuciaran de nuevo. Nadie apareció por allí durante un rato largo, cuando iban a las cuadras y veían que los muchachos se encargaban del trabajo, regresaban por donde habían venido, encantados de no tener que hacer esa labor.

Aritzta fue a hablar con su jefe para solicitarle que los muchachos se quedaran con ellos. Habían sufrido varias bajas en la expedición y debían reponer hombres para completar de nuevo el grupo.

—Mire, señor, ya sé que son solo muchachos y no están adiestrados en la lucha, pero son listos y están sanos. Necesitamos recomponer la patrulla —Aritzta intentaba mostrarse convincente.

—Nosotros necesitamos guerreros, no pinches de cocina o de cuadra —el oficial estaba muy contrariado por la marcha de la última campaña.

Mientras estaban manteniendo aquella conversación fueron andando hacia el establo a comprobar el estado de las monturas. Aritzta se quedó sorprendido de que los muchachos realizaran aquel trabajo y dijo con tono brusco.

—¿Quién os ha ordenado hacer esto?

—Lo siento —tartamudeó Iker—, pero hemos visto a los animales tan sucios que hemos creído que les vendría bien ser limpados. Sentimos no haber actuado correctamente.

—No, todo es perfecto, continuad haciendo el trabajo —respondió Ramiro, el jefe, que supervisó la labor que estaban haciendo y aprobó su labor—. Una vez que hayáis acabado con la limpieza, id en busca del barbero para que vea y cosa las heridas de los caballos.

Se alejaron del lugar y siguieron hablando.

—Veo que tienen muy buena voluntad. ¿De dónde los has sacado? —Ramiro estaba cambiando de opinión.

—Los conocí por casualidad, han estado trabajando hasta hoy con Juan el cocinero —comenzó a contar sus desventuras.

Unai fue en busca de los muchachos.

—¿Qué estáis haciendo?

—Limpiando los animales y la cuadra. Hemos conocido al jefe. Ha venido con Aritz —respondió Josu.

—¿El os ha dicho que hicierais esto? —Unai dudaba.

—No. Nadie nos ha dicho nada, pero cuando ha aparecido, nos ha ordenado que sigamos con la faena —contestó Josu.

Gaizka, que hasta aquel momento permanecía alejado, se acercó a ellos.

—Yo no entiendo el interés de Aritz por ayudarnos, ¿por qué está haciendo todo esto?

—Tú no crees que las personas pueden ayudar sin esperar nada a cambio —Unai se mostró ofendido por la pregunta y sus dos amigos le miraron disgustados.

—No conozco a nadie así —Gaizka contestó sin pensar.

—¿Tu familia y amigos? —Unai estaba sorprendido por la reacción de Gaizka.

—Eso es diferente, Aritz no nos conocía de nada —Gaizka respondía en base a lo que había vivido.

—Eres desagradecido. Para él hubiera sido más cómodo ignoraros y no involucrarse en vuestros problemas —dijo Unai cabreado.

—Disculpa su pregunta —lamentó Iker—, no piensa lo que está diciendo.

—Por qué intentáis disculparme, digo lo que siento —se ratificó Gaizka.

—Escucha —le interrumpió Unai—, Aritz, como todos nosotros tuvo que abandonar su pueblo para poder comer. Como vosotros, no partió solo, él y su hermano pequeño dejaron su casa y fueron destinados aquí. Al principio se dedicaron a labores menores de limpieza y cocina. También se toparon

con un abusador. Su hermano tuvo menos suerte que vosotros. Los miembros de la compañía conocían sus gustos, pero nadie se involucró, y su hermano fue ultrajado repetidamente. Al final, su hermano apareció un día ahorcado en la cuadra. Yo me enteré de esta historia, pero no por boca de Aritz. Nunca ha nombrado a su hermano. Lo que sí os puedo decir es que aquel que había abusado de su hermano, apareció un día degollado. Aritz por entonces solo debía tener diecisésis años. Desde aquel día todo el mundo le respeta y muchos le temen —los tres se quedaron boquiabiertos.

Aquella historia impresionó a los tres chicos. Gaizka se sintió avergonzado por su pregunta, comenzó a temblar pensando cual podría haber sido su final.

En el campamento, Aritz y Ramiro continuaban hablando.

—Siento que los muchachos hayan pasado por esa situación. Pero si nos los quedamos puedo tener problemas. Juan les enroló en su partida y seguramente habrá pagado por ellos —Ramiro no quería meterse en líos por tres muchachos que le daban igual.

—Usted necesita hombres, ellos han demostrado que son trabajadores, nos vendrán muy bien —Aritz insistía de nuevo.

—No me comprometo a nada. De todas formas, ve mañana con ellos y recoge sus pertenencias. Intenta no tener problemas con Juan —si conseguía barato a tres muchachos, sería un negocio perfecto.

Al final del día, los tres chicos acabaron con su tarea y se juntaron con el resto del personal. Nadie preguntó por ellos, con el cansancio de la campaña solo necesitaban descansar.

Al día siguiente, muy temprano, fueron con Aritz al barracón donde tenían sus escasas posesiones. Esperaban no encontrar a nadie allí, efectivamente el lugar estaba vacío. Cuando los tres chicos estaban adentro, Juan apareció enfurecido. Dio un pequeño salto al ver a Aritz. Éste adoptó una actitud expectante.

—Los chicos están recogiendo sus cosas. Ahora se marchan
—Aritza estaba tranquilo.

—Estos no irán a ninguna parte, me pertenecen y se quedarán conmigo. Ahora, aparta del medio y déjame entrar —el orgullo de Juan podía más que el temor.

—El caballero Ramiro hablará contigo respecto a los muchachos. Como te había dicho, ahora nos marchamos —Aritza se interpuso entre los muchachos y el cocinero.

La cara de Juan estaba roja de ira, le importaba muy poco que aquella bestia estuviera defendiendo a los muchachos. Él había pagado.

—Apártate —gritó Juan.

—Creo que te interesa desprenderte de ellos, una vez que se han revelado no van a ser dóciles y sumisos, como te gustan —Aritza seguía sin moverse.

En aquel momento Juan empujó a Aritza y se abalanzó al interior. El instante que permaneció en el umbral para acostumbrarse a la oscuridad de la habitación, sintió un pinchazo en el culo. Aritza había utilizado su daga y se la había introducido en el trasero.

—Si valoras tu vida, hablarás con Ramiro y le pondrás muchas facilidades para que se quede con esos chicos dísculos y vagos. Pero si continuas con tu actitud, puedes aparecer cualquier día desangrado por un accidente —la amenaza estaba lanzada.

Juan no daba crédito a lo que le estaba pasando. Aquel hombre estaba arriesgando todo por unos muchachos que apenas conocía. Las rodillas se le doblaron y con la mano en la herida, le clavó la mirada.

—Esto te va a costar caro. Tengo amigos importantes que te harán la vida imposible —era un recurso fácil para amedrentar al montañés.

—Cuando estás guerreando continuamente, sabes que la vida vale poco, porque la podemos perder en cualquier momento. Tú tienes más miedo de perder la tuya que estás en la retaguardia —la cicatriz de la cara hacía que sus palabras sonaran más peligrosas.

Juan se había informado sobre Aritza, sabía que ningún caballero se mojaría para defenderle a él. Era un hombre valioso en la batalla y cualquiera estaría contento de luchar a su lado. Habría mucho tiempo para vengarse y ese momento llegaría. Tal vez la peor suerte que podían sufrir esos rufianes era incorporarse a los grupos de rastreo, muchos morían en las campañas. Retorciéndose de dolor, se apartó de la entrada y dejó vía libre para que salieran. Los tres muchachos estaban impresionados por lo que acababan de ver y oír. Aritza continuó hablando.

—Piensa lo que te he dicho, estos muchachos valen poco para ti. Tu herida en el trasero te recordará lo que soy capaz de hacer contigo. Esta cuchillada te impedirá gozar como solías durante una temporada. Esa penitencia es temporal, pero imagínate que fuera para siempre, si te corto la polla.

En aquel momento se acabó la conversación, los cuatro se dirigieron al nuevo destino, sin mirar atrás. Juan veía como se alejaban, humillado, dolorido y con ansias de venganza.

